



Teología de bolsillo

Amar nunca es una ley

Juan Ignacio Vara

Dijo Jesús a sus discípulos: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros. No os dejaré huérfanos, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, y vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él." Juan 14, 15-21)

Cuando estamos queriendo desescalar la cuesta arriba de la pandemia, compartimos este texto de Juan. Comienza hablando de amor y, hablando de amor, termina. Jesús emplea el término "mandamiento", pero es obvio que no se trata de una ley, de cuyo cumplimiento se pueden pedir cuentas y sancionar en consecuencia. De la obligación de una ley, hasta se puede dispensar, como hacen ahora los obispos con la ley que manda asistir a misa los domingos; lo hacen para "proteger a los mayores". El amor al Maestro y el amor a los demás son la misma cosa; por eso es que el Padre y el Espíritu habitan en quien ama, porque vive lo que aprendió de Jesús: que todas y todos somos hijos del mismo Dios. Y que, en el tiempo de los relojes, no hay otra vía de amar a quien no se ve que amando a sus hijos, a quienes sí vemos. El amor, siempre, siempre, es un regalo.

Juan sabe, lo mismo que sus comunidades, de la dificultad de vivir ese amor en la práctica cotidiana. ¡Si estuviera el Señor! ¡Pues vive con nosotros en ese esfuerzo por amar!; vive, resucitado por el Espíritu, la misma fuerza de Dios que él promete a los suyos. Cuando Juan escribió esto, dijo que el Espíritu sería un defensor de las comunidades. Hoy, quizá lo descubriéramos mejor si hablamos de un Espíritu-Salubrista Público, o Voluntario para acercar las medicinas y las compra a los viejitos o un Espíritu-Oftalmólogo que nos permita mirar la vida con esperanza, o un Espíritu-Animador de fiestas infantiles que alegre la vida de estas viejas comunidades a las que seguramente ha despertado el dolor de los hermanos.

Estas cosas tan profundas y tan "serias" están en el contexto afectivo de la cena del Jueves Santo. Jesús se despide: "No os dejaré huérfanos, volveré a visitaros". Palabras que debieron saber a pan recién horneado para la comunidad de Juan, y para las nuestras coronavíricas, necesitadas de ilusión. En la comunidad se hace historia el misterio de Dios, como en una encarnación infinita, porque "aquel día comprenderéis que yo estoy en el Padre, vosotros en mí y yo en vosotros". ¡Hay tanto amor que no vemos por estas calles nuestras, tanto aleteo del Espíritu más allá de lo que sirven los programas de la tele, tantas personas huérfanas de padre y madre, que necesitan encontrar un indicador de refugio para las noches de frío!

Cuando el Covi 19 nos ha recluso en nuestras casas, es posible que hayamos echado en falta las eucaristías en las que, juntos, cantamos, compartimos la Palabra, compartimos algo de nuestros bienes, recordamos a quienes ya se fueron y a todas y todos los necesitados de amor y agradecemos a cuantas personas se la han jugado por nosotros. Era el Espíritu trabajando en ellos. Si no lo olvidamos, es posible que Dios nos sea más familiar que el que destilan las agudas y muchas veces poco inteligibles formulaciones teológicas. Buenos días.